

El sacerdote y la catequesis:

Las tareas específicas que todo presbítero debe realizar en la catequesis (III)

Francisco Romero Galván

Delegado de Catequesis de la archidiócesis de Mérida-Badajoz

En el recorrido que venimos haciendo sobre el ejercicio que todo presbítero debe desempeñar en la catequesis como parte del ministerio de la Palabra al que está llamado realizar nos hemos detenido en la importancia de que la Palabra sea acogida en el corazón del sacerdote antes de ser anunciada o proclamada, ya que de esta forma será más fácil diseminar el mensaje evangélico en todo momento mediante el ejercicio del ministerio pastoral del presbítero. Asumido todo esto, veíamos, al mismo tiempo, cómo es tarea específica del presbítero tanto suscitar y discernir vocaciones para la catequesis como la de formar seriamente a los catequistas para que desempeñen con competencia y fidelidad el servicio de la catequesis. En ello deberá empeñarse siempre, aunque hoy es una dimensión fundamental que el sacerdote debe ejercer por la necesidad de formar buenos catequistas en el momento concreto en el que vivimos.

Pero el sacerdote, por el sacramento del Orden recibido, ha de trabajar en el acompañamiento espiritual, o en la dirección espiritual, de todos los que participan en el itinerario catequético, los niños, los adolescentes, los jóvenes y los adultos. No es esto un apéndice que se pueda delegar o que hay tanta mies que no es posible abarcar todo. El presbítero debe ser el acompañante espiritual de los catequizandos o catecúmenos. A ellos ayudará a personalizar su fe, al mismo tiempo que les irá abriendo camino en el proceso de su madurez cristiana. No solamente a los catequizandos, los

sacerdotes han de acompañar espiritualmente a los catequistas y hacer que ellos sean los primeros en crecer en la fe y hacerla propia en sus circunstancias particulares. Seguro que si el catequista es acompañado, su servicio en la catequesis producirá mayores y mejores frutos. Es en este número donde vamos a abordar este precioso tema del acompañamiento espiritual en la catequesis como tarea propia del presbítero.

También el sacerdote es el responsable de la planificación y de la coordinación de la catequesis en la comunidad de la que es pastor. Esta tarea es competencia suya, aunque ha de ejercerla en colaboración y comunión con los catequistas. En este tema nos vamos a introducir, también, en el trabajo que ahora os presentamos.

El sacerdote, acompañante espiritual

Algunos documentos eclesiales¹ nos señalan que la dirección espiritual es otra de las tareas propias que el presbítero debe realizar en la comunidad cristiana y que es un servicio que hunde sus raíces en el sacramento del Orden².

En el proceso de crecimiento y de maduración de la fe y de la vida cristiana de los catequizandos, además del acompañamiento de grupo, es necesario que el catequizando se sienta acompañado para poder personalizar su fe, pues cada persona concreta con sus circunstancias, sus luchas, sus interrogantes, sus problemas y sus dificultades debe responder a la llamada que Dios le hace en los diferentes momentos de su vida y, en ellos, debe discernir la voluntad de Dios bajo la acción del Espíritu Santo para alcanzar la plenitud de la vida cristiana³. Es este uno de los campos de actuación especial del sacerdote en el proceso catequético.

Si para el crecimiento de la vida cristiana es preciso un maestro que acompañe e indique el camino a seguir, además de ayudar a discernir la voluntad de Dios, es en el período catequético donde, de un modo especial, se necesita la guía personal para ir creciendo en la fe y en el segui-

1 LG 12. 31.41 ; GS 14; EN 46; CT 20.22.52.

2 Cf. A. CRESPO HIDALGO, "El acompañamiento espiritual", en: COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Espiritualidad sacerdotal*. Congreso, Madrid 1989, 534-536.

3 Cf. A. CRESPO HIDALGO, "El acompañamiento espiritual", 534-540.

miento a Cristo. La catequesis pretende, de manera sistemática y orgánica, iniciar al conocimiento de los misterios de Dios, a la celebración litúrgica y sacramental, a la vida moral, a la oración, a la misión y a la comunidad, y lo hace de manera comunitaria, donde un grupo de personas son acompañadas por el catequista en el progreso de su fe. Pero, la respuesta a Dios y la maduración cristiana, es un proceso personal que cada creyente ha de realizar por sí mismo. Por tanto, es necesario que cada comunidad cristiana busque los medios para que cada catequizando pueda ser acompañado personalmente en la fe por un maestro espiritual. Hacer posible el acompañamiento personal en el proceso catequético es responsabilidad del presbítero, al que se le pide que se implique en esta tarea.

Del mismo modo que el sacerdote acompaña a los catequizandos en su vida espiritual, lo debe hacer con los catequistas, tanto en el ejercicio de su tarea, como en el camino hacia su madurez cristiana. Los catequistas trabajan comunitariamente con el presbítero para llevar adelante la catequesis de la comunidad, su programación, su ejecución, su revisión..., pero nunca pueden olvidar, que por la importancia y el significado de su ministerio, deben ser ellos los primeros en progresar en su vida de fe, pues nadie da lo que no tiene, y, para que ese avance se haga efectivo han estar acompañados personalmente en su vida cristiana. El sacerdote cuidará con suma delicadeza y esmero la dirección espiritual del catequista, pues, de esta manera, además de hacerle progresar como cristiano, le dará calidad a la tarea catequética. El catequista que es animado y acompañado en la fe y progresa en su vida cristiana y espiritual, podrá ser mejor testigo de lo que anuncia en la catequesis⁴.

El sacerdote, si fuese necesario, podría renunciar a realizar algunos de sus cometidos más específicos en la catequesis, pero nunca dejará de atender el acompañamiento espiritual de los catequizandos y catequistas. Debe ejercer este servicio con el testimonio, la palabra y el trato personal. A los catequistas que se les acompaña personalmente se les está ayudando a formarse mejor, a vivir una más profunda experiencia de fe y a ejercer

4 Nos parece interesante, como complemento a esto que venimos diciendo, lo que señala Antonio Cañizares: «Los catequistas a lo largo de la acción catequética y de su formación normalmente cambian sus motivaciones por otras más profundas. El catequista que profundiza en su fe y en su identidad de catequista cristiano, permanece largo tiempo en este servicio. Por ello es necesario que se le acompañe espiritualmente al catequista mediante un proceso de formación integral como corresponde a su identidad, a su vocación y a su misión. De no ser así, el catequista estará poco tiempo en este servicio eclesial. Este acompañamiento espiritual se debe hacer personalmente y lo ha de ejecutar el presbítero de la comunidad...» A. CAÑIZARES, *El catequista y su formación en España, hoy*, 325.

con apasionamiento su servicio catequético⁵. Es cierto que la dirección espiritual ha de ejercerla aquel que, sintiéndose maestro, ayuda a otros a buscar la voluntad de Dios, apoyado en la gracia y el don del Espíritu. La dirección espiritual es un itinerario espiritual y permanente donde el Espíritu Santo tiene el papel esencial, colaborando con él están el director y la persona dirigida⁶.

Venimos empleando de manera sinónima los términos de acompañamiento espiritual y de dirección espiritual, conceptos que en la literatura espiritual tienen significados diferentes. Ahora, antes de proseguir, deseamos aclarar sus contenidos, sin entrar en la polémica estéril de si hay que llamar acompañar o dirigir al proceso de guiar personalmente al creyente hacia la madurez espiritual mediante el discernimiento de la búsqueda de la voluntad de Dios bajo la luz del Espíritu Santo. Acompañamiento espiritual y dirección espiritual son dos realidades complementarias, según nuestro parecer, que quieren decir lo mismo aunque con matices diferentes⁷. Acompañar es caminar al lado del otro y compartir con él lo que vive, animándole a proseguir y a tomar las decisiones necesarias y eficaces en el progreso de su vida. Dirigir, por su parte, es ir por delante señalando el camino que se debe seguir como el mejor. El que dirige es un maestro y un testigo que señala el itinerario que hay que recorrer por que ya lo ha recorrido y experimentado primero. En el camino espiritual, el creyente requiere tanto del acompañante que camina a su lado y le ayuda a discernir la voluntad de Dios y le anima a vivirla, como el maestro y el testigo que le señala el camino por el que debe seguir. Creemos que estamos ante dos términos que, de manera complementaria, nos señalan lo que es la guía de la vida espiritual hacia la madurez en la fe. No son conceptos que se yuxtaponen, sino que confluyen y se complementan. Quizás sería bueno buscar otro término con el que pudiésemos definir este camino y que incluyese el contenido de ambos. Mientras tanto, aquí hablaremos de acompañamiento y de dirección espiritual de manera sinónima, sabiendo que son ambos conceptos los que afirmamos al señalar uno de ellos.

La dirección espiritual solamente se comprende cuando entendemos la vida del hombre como un camino, un proceso dinámico en el que se suceden tiempos en los que evoluciona y construye su propia historia y realiza su propio proyecto. En este proceso de maduración hay paradas, crisis y

5 Cf. JM. RODRIGUEZ, "El Sacerdote en la catequesis visto por un seglar", en: SECRETARIADO NACIONAL DE CATEQUESIS, *El sacerdote y la catequesis. XXV Jornadas de delegados diocesanos de catequesis*, Madrid 1992, 254.

6 Cf. A. CRESPO HIDALGO, "El acompañamiento espiritual", 530-531.

7 Cf. A. CRESPO HIDALGO, "El acompañamiento espiritual", 523-524.

retrocesos, donde el hombre se va construyendo a sí mismo, realiza su propia vocación, busca alcanzar aquello a lo que aspira. De la misma manera, la vida espiritual es un proceso dinámico que evoluciona, que tiene sus propios ritmos, sus crecimientos, que se contempla a luz de la Palabra, de la Tradición eclesial y de la cultura del tiempo concreto en el que se vive.

El crecimiento espiritual abarca la totalidad de la personalidad del cristiano: sus aspectos religiosos, psicológicos y sociales. Una unidad de dos realidades: lo humano y lo divino, la gracia y la naturaleza, la santidad y la madurez psíquica. Ese camino espiritual se realiza en un continuo encuentro entre Dios que toma la iniciativa y va en busca del hombre y este que responde a la iniciativa divina. Aquí confluyen el don de Dios y su proyecto, con la libertad del hombre que está dispuesto a obedecer a su Señor.

El proceso espiritual es tanto continuo como discontinuo, pues sugiere un movimiento progresivo hacia la estabilidad, pero incluye, al mismo tiempo, crisis, avances, luces, sombras, conflictos, tensiones... La madurez espiritual siempre llevará implícita la madurez humana. Este crecimiento espiritual no es fácil, sino que requiere lucha y enfrentamiento a las fuerzas del mal; es un camino de respuesta a la llamada constante de Dios; es un combate para vivir lo que somos, por ser fieles a la llamada específica de Dios⁸.

La catequesis es, también, un proceso de iniciación y crecimiento personal en la fe, en la que el catequizando progresa según sean las circunstancias humanas y las experiencias de fe que viva. Ese crecimiento solamente se puede conseguir cuando el que recorre el camino se esfuerza y lucha por ir progresando acompañado por otro que le va indicando y señalando el camino hacia la madurez cristiana. Sin esa persona que acompañe es difícil que se personalice la fe y que se madure en ella⁹. La Iglesia así lo ha vivido desde sus inicios en los procesos catequéticos que se desarrollaban en las comunidades cristianas.

La dirección espiritual está al servicio de la maduración de la espiritualidad del creyente; por ello, es preciso señalar lo que entendemos por espiritualidad cristiana para que podamos entender mejor lo que es la dirección espiritual. La espiritualidad cristiana es el modo de entendernos a nosotros mismos, de relacionarnos con los demás y de construir la historia humana desde el proyecto de Dios revelado en Jesús y animado por el Espíritu del Resucitado en la Iglesia y en el mundo. Recorrer el camino que

8 Cf. A. CRESPO HIDALGO, "El acompañamiento espiritual", 524-530.

9 Cf. A. CRESPO HIDALGO, "El acompañamiento espiritual", 531-532.

hizo Jesús y dejarse guiar por su Espíritu aquí y ahora, es la característica más propia del vivir cristiano, lo que constituye la espiritualidad¹⁰.

El acompañamiento espiritual procurará ayudar a los catequizandos a personalizar la fe, a aceptar la invitación de la llamada del Señor a seguirle y a progresar en su respuesta desde la gracia. Este progreso requiere la conversión del hombre viejo y el nacimiento paulatino del hombre nuevo; el conocimiento de los misterios del Señor y su relación con la vida del creyente; la participación en la vida litúrgica y sacramental, especialmente en la Eucaristía como alimento del espíritu y de la vida cristiana, y en el sacramento de la Penitencia, donde la conversión y el perdón de Dios se hacen patente. De la misma manera, la dirección espiritual ayudará a los catequizandos a vivir una vida evangélica, comparando sus vidas con los valores proclamados y vividos por Jesús, siendo cada día más coherentes entre lo que viven y lo que creen. El catequizando progresará en su relación con Dios en la oración personal y comunitaria, acompañado por su director espiritual, que le inculcará también a ser apóstol en medio del mundo en el que vive mediante el testimonio y la palabra, y le animará a vivir la vida cristiana en comunidad, integrándose en la comunidad parroquial de la que forma parte.

Este camino es un proceso lento que requiere ir avanzando poco a poco, sabiendo, además, que cada persona tiene su propio ritmo y sus propias circunstancias que determinarán su avance personal.

Por su parte, al catequista la dirección espiritual deberá hacerle crecer en la llamada que el Señor le hizo a ser discípulo suyo, procurando madurar su fe y la respuesta que le da al Señor. Del mismo modo, debe recorrer con Jesús un camino de amor, camino que está hecho de silencio, escucha, meditación, oración, lectura de la Palabra y participación en los sacramentos, y que consiste en seguir a Cristo en el amor al prójimo y en vivir en comunión con Él y con los hermanos en la Iglesia.

También el catequista ha de crecer como testigo del Resucitado en la Iglesia, considerando como lugar privilegiado la liturgia en la que se hace presente la acción salvadora de Dios. Al mismo tiempo que se siente acompañado debe ser compañero de camino de otros en nombre de Jesús y de la Iglesia, ayudando como hermano mayor al crecimiento en la fe de los otros. El catequista debe progresar en su vocación al ministerio de la catequesis, aceptando que Dios le ha elegido para ello y que debe ponerse en las manos del Señor y bajo la acción del Espíritu para el ejercicio de su tarea, sabiendo que debe ser la voz de la Tradición viva de la Iglesia, que

10 Cf. J. SASTRE, "Pasado y presente del discernimiento espiritual", *Teología y Catequesis*, 65 (1998) 58.

debe estar en comunión con el obispo y con el Magisterio de la Iglesia, siendo profeta que sirve a la Palabra, la misma que ilumina toda su vida¹¹. El crecimiento personal en la vida espiritual y apostólica del catequista será la finalidad primordial del acompañamiento espiritual que este recibe de manera continuada por mediación del sacerdote.

La dirección espiritual está al servicio del proceso de crecimiento y maduración en la fe de cada creyente, y para que aquella pueda conseguir su finalidad es necesario que integre en su propio dinamismo el discernimiento que busca la voluntad de Dios entre múltiples posibilidades para elegirla y realizarla.

Una lectura detenida de los textos neotestamentarios nos hacen ver cómo Jesús ejerce el discernimiento tanto en su propia vida como en la de los que le acompañan¹², para que nos sirva de modelo de cómo debemos discernir y para qué hemos de hacerlo¹³. El discernimiento ha sido una constante en la vida de la Iglesia, tanto en la primitiva comunidad cristiana¹⁴ como en los siglos posteriores¹⁵, igual que se sigue haciendo hoy como algo esencial para el crecimiento espiritual de los creyentes. En el recorrido histórico podemos destacar cómo el discernimiento no se realiza a título personal sino que normalmente se lleva a cabo acompañado por otra persona que ayuda a elegir lo mejor, es decir, aquello que Dios quiere y que está por encima del deseo subjetivo de la persona que discierne. El acompañante ayudará a ser más objetivo en la búsqueda de la voluntad de Dios.

El discernimiento es una actitud de búsqueda de la voluntad de Dios que se concreta en acciones particulares puntuales, en las que se manifiestan los principios y valores por los que ha optado la persona. El discernimiento será posible si el catequizando o el catequista tiene una familiaridad con Dios que le lleve a conocer su voluntad como algo connatural. Ese conocimiento de la voluntad divina hará que tome la decisión de ejecutarla, de ponerla por obra.

11 Cf. "Vocación, identidad y formación del catequista", en: A. CAÑIZARES-M. DEL CAMPO, *Evangelización, catequesis, catequistas*, Madrid 1999, 547-551.

12 El discernimiento que Jesús hace de su vida y de la de los demás lo podemos encontrar en los siguientes textos: Mt 4, 1-11: las tentaciones de Jesús en el desierto; Jn 6, 15: las oraciones nocturnas que Jesús realiza posteriores a los malos entendidos sobre su mesianismo o sobre otras cuestiones importantes de su ministerio; los anuncios de su muerte; Jn 3, 34: Jesús se afianza en buscar y cumplir la voluntad del Padre; Lc 2, 34-35; Mt 12, 38ss; 1 Jn 4, 1-3; Mt 16; Lc 6, 24-26.

13 Cf. J. CORELLA, "El discernimiento espiritual", *Teología y Catequesis*, 65 (1998) 13-18.

14 Cf. J. CORELLA, "El discernimiento espiritual", 18-20.

15 Cf. J. CORELLA, "El discernimiento espiritual", 20-24.

Quien acompaña espiritualmente en el discernimiento procurará que sea el acompañado quien tome la última decisión y que asuma su responsabilidad en ella; que discierna en su realidad personal cuál es el proyecto de Dios sobre él, ese proyecto dinámico en el que se actualiza la Historia de la Salvación para su persona¹⁶.

Sobre el dinamismo espiritual sabemos que uno se entrega plenamente a Dios cuando se encuentra alcanzado por su amor y responde al Dios que le invita a seguirle, aceptándole tal y como es. Así, podemos afirmar que la pedagogía del discernimiento pasa por el descentramiento del propio yo, la contemplación de los misterios de la vida de Jesús, la docilidad al Espíritu y la respuesta en disponibilidad. El creyente debe contemplar la humanidad del Hijo de Dios, asumir su propia condición de pecador, fundamentar su vida en la Trinidad, centrar lo que se va a discernir, ver cómo se está viviendo el seguimiento de Jesús, escuchar la voz de Dios en los sencillos y humildes, crear un corazón disponible y superar los autoengaños que se suelen presentar. En este proceso de discernimiento el acompañante espiritual tiene un papel imprescindible. Por todo ello creemos que, tanto los catequistas como los catequizandos, necesitan la experiencia del acompañamiento espiritual¹⁷ por un maestro que, además de acompañarle, le señale el camino que le lleve a encontrar la voluntad de Dios y vivirla.

Ya sabemos de las bondades de la dirección espiritual y de su dinamismo para el crecimiento en la fe y en la espiritualidad cristiana, pero es necesario abordar ahora cómo se debe realizar este trabajo de acompañar a otros en la fe para que maduren y puedan vivir el seguimiento de Cristo. Partiremos, en primer lugar, afirmando que el gran protagonista de la dirección espiritual es el Espíritu Santo. Quien dirige y guía a las personas por los caminos de Dios es el Espíritu Santo. Es el verdadero director espiritual de cada cristiano, que bajo su luz le ayuda a discernir la voluntad de Dios. El Espíritu Santo actúa por medio del sacerdote, quien, con la gracia, cumple la misión que el Señor le encomienda desde su consagración realizada en el sacramento del Orden. El presbítero leerá la vida de su dirigido bajo la acción del Espíritu, mediante la Palabra de Dios, la Historia de la Salvación, la historia propia, la psicología personal, el contexto en el que vive... Para esta tarea es necesario dedicar tiempo, tener paz interior, capacidad de buscar a Dios en la vida de las personas y saber orientar por los caminos de Dios... El sacerdote debe invocar y ponerse en las manos

16 Cf. J. CORELLA, "El discernimiento espiritual", 30-50. Aquí podemos encontrar un análisis pormenorizado sobre cada uno de los elementos que hemos señalado.

17 Cf. J. SASTRE, "Pasado y presente del discernimiento espiritual", 62-64.

del Espíritu Santo para que sea Él quien le guíe en el ejercicio de su tarea de director espiritual¹⁸.

Aunque es el Espíritu Santo el verdadero guía y artífice del proceso de crecer en la fe, sería necesario entresacar los elementos que posibilitan una buena dirección espiritual. Para ello vamos a volver los ojos a Jesús de Nazaret y mirar los textos del Nuevo Testamento en los que Él realiza el ejercicio de acompañar, para que nos ayude a sacar los elementos de una buena dirección espiritual¹⁹. Nos vamos a detener en tres textos significativos:

- 1.- El encuentro de Jesús con el joven rico (Mt 19, 16-30; Mc 10, 17-31; Lc 18, 18-23).
- 2.- El encuentro de Jesús con Zaqueo (Lc 19, 1-10).
- 3.- Jesús con los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35).

En estos textos bíblicos vemos cómo Jesús:

- a) Muestra una predilección por el diálogo y el coloquio. Mediante ellos procura descubrir lo que hay en el corazón de estas personas y les señala lo que Dios quiere de ellas.
- b) Respeta siempre la libertad del otro. Zaqueo y el joven rico fueron invitados a seguir a Jesús; el primero respondió afirmativamente, el segundo le dio una respuesta negativa.
- c) El diálogo de Jesús transforma a la persona en su ser, y luego le hace cambiar en el obrar.
- d) Donde no hay apertura de corazón el diálogo no brota.
- e) Jesús acoge a las personas, les presta atención, las escucha cuando le exponen su situación personal, les acompaña y hace el camino con ellos.
- f) Jesús interviene para ayudar a la persona en la autoexploración de su vida, haciéndole descubrir la verdad que hay en ella sin miedos ni tapujos.
- g) Responsabiliza al sujeto en primera persona de las opciones que toma. La decisión última corresponde al sujeto, lo mismo que la responsabilidad de sus propias opciones y actos.
- h) Jesús empatiza con sus interlocutores.
- i) Les ayuda a asumir un compromiso gradual.

18 Cf. A. CRESPO HIDALGO, "El acompañamiento espiritual", 535-536.

19 En esta reflexión seguimos a CRESPO HIDALGO, "El acompañamiento espiritual", 538-540.

Estos elementos señalados, que nos indican lo que hacía Jesús en su trato con los demás, son los fundamentos de la dirección espiritual, una dirección espiritual que es necesaria hoy como lo fue entonces, y que es fundamental para hacer crecer a aquellos que se inician en la fe mediante la catequesis y para sus catequistas. Toda persona tiene necesidad de encuentros, escucha, comprensión y orientación en su vida personal y, para ello es el acompañamiento espiritual, una experiencia privilegiada para satisfacer las expectativas, las búsquedas, las dudas, los fallos y la desorientación de toda persona.

Cuando se ayuda a otro se le suele proporcionar un nuevo aprendizaje que le lleva a modificar sus propios planteamientos, sus comportamientos u otros muchos aspectos de sí mismo. Todo aprendizaje lleva consigo un cambio, una transformación de la persona en el pensar, sentir y obrar. En la vida de fe esa transformación transcurre según el plan y el proyecto de Dios para la persona. Este aprendizaje nos indica que la persona es el centro y que debe ser ella la que asuma su propio crecimiento. El cambio es obra de la persona (de que esta deje actuar al Espíritu en su vida) y hay que hacerle consciente de sus propios recursos, carencias, necesidades, valores y motivaciones. Se le debe ayudar a un crecimiento armónico de todas sus funciones psíquicas y espirituales, además de exigirle todo lo que la persona pueda dar²⁰.

Los presbíteros cumplirán con la misión a la que Jesús les ha llamado y la Iglesia les encomienda²¹ cuando ejerzan este ministerio de acompañar en la fe a otros, sabiendo que es un servicio importante a la vez que difícil, y que requiere estar en alerta constante para el buen ejercicio del mismo, pues las personas tienen una interioridad que no es lineal, sino que gira en espiral y va requiriendo unificar muchos aspectos de su vida de manera constante, según las circunstancias de su propia existencia. Ya decía san Gregorio Magno que «el arte de las artes es la de guiar las almas». Por ello, creemos que el director espiritual ha de tener una serie de cualidades para el ejercicio de su misión:

- 1.- Debe ser un hombre de fe. Creyente que camina junto a Jesús, se alimenta en la vida trinitaria mediante la oración y pone el corazón en el Evangelio, buscando siempre la voluntad de Dios. Puede acompañar a otros quien tiene competencia experiencial, quien a la vez es acompañado en su propia vida²².

20 Cf. A. CRESPO HIDALGO, "El acompañamiento espiritual", 524-530.

21 Cf. PO 18.

22 Cf. J. SASTRE, "Pasado y presente del discernimiento espiritual", 58.

- 2.- Es un testigo y un maestro. Proclama con su vida lo visto y oído, sin miedos ni complejos. Anuncia con el testimonio y la palabra²³.
- 3.- Debe ser una persona de Evangelio, que pone su confianza en las posibilidades de la gracia y en las posibilidades de las personas.
- 4.- El acompañante ayudará al acompañado a descubrir el paso de Dios por su vida de creyente. Se sentirá un instrumento en las manos del Espíritu Santo, que es el verdadero protagonista de la dirección espiritual²⁴.
- 5.- Será una persona acogedora, que sabe prestar atención, que escucha, que facilita que la persona que se comunica pueda expresarse y comunicarse.
- 6.- Responsabilizará al acompañado de sus propios éxitos y fracasos. Le ayudará a asumir gradualmente su compromiso y a vivir todo el proceso de maduración en la fe con paz y sosiego²⁵.
- 7.- Estará atento a cuanto sucede en la vida de las personas a las que acompaña. Le apoyará afectiva y efectivamente en sus crisis, problemas y dificultades.
- 8.- Iluminará la vida del acompañado desde la Palabra de Dios, la persona de Jesús y el Evangelio, haciendo que crezca interiormente.
- 9.- En el acompañamiento se cuidará la conversión, el progreso en el seguimiento de Jesús, el camino de la oración, la superación de los defectos, la actitud de la disponibilidad, la constancia en los compromisos y el discernimiento vocacional²⁶.
- 10.- Se mostrará paciente, constante, capaz de hacer avanzar, optimista en el proceso, animador del dirigido, sistemático...
- 11.- Para el ejercicio del acompañamiento espiritual el sacerdote deberá tener experiencia competencial y preparación teológica y espiritual. Sería conveniente, al mismo tiempo, que el que acompaña sea a la vez acompañado.

23 Cf. A. BRAVO, "El ministerio catequético", *Teología y Catequesis*, 3 (1982) 337-352 Aunque el autor pone en relación todo este tema con lo que es la propia espiritualidad del catequista, creemos que podemos relacionarlo perfectamente con el sacerdote, pues por algo es el primer catequista de la comunidad.

24 Cf. J. SASTRE GARCÍA, "Acompañamiento espiritual", en: PEDROSA V., M^a- NAVARRO-LÁZARO-SASTRE, *Nuevo diccionario de Catequética*, Vol. 1, Madrid 1999, 76-92.

25 Cf. A. CRESPO HIDALGO, "El acompañamiento espiritual", 536-538.

26 Cf. J. SASTRE GARCÍA, "Acompañamiento espiritual", 76-92.

Por su parte, es necesario que cuando el acompañado decida solicitar la dirección espiritual sepa de lo que se trata; desee que se le ayude y se le acompañe en su crecimiento humano y espiritual; tenga confianza en el acompañante, se deje guiar por él, se fíe de él, y acepte sus orientaciones y propuestas. Solo se puede acompañar a quien se conoce y solo nos dejamos acompañar por quien nos conoce. El dirigido no buscará a alguien que tome las decisiones por él y se responsabilice de sus actos, sino que buscará la ayuda para ser él quien tome las decisiones finales y asuma su propia responsabilidad.

El cauce normal para el acompañamiento es la entrevista personal, que ha de tener una serie de requisitos:

- 1.- La persona se sentirá acogida y escuchada en la entrevista.
- 2.- Se le aceptará incondicionalmente tal y como es. Se le respetará siempre.
- 3.- Todo lo que se manifieste y se realice en ella será confidencial.
- 4.- La persona se sentirá libre de manifestar aquello que desee decir. Nunca será presionada ni forzada en su intimidad.
- 5.- Para que todo se desarrolle con normalidad debe haber empatía entre el acompañante y el acompañado.
- 6.- Se buscará la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace.
- 7.- Al finalizar el encuentro se fijará la próxima entrevista y, si es necesario, lo que se tratará en ella.

En todos los procesos catequéticos no debe faltar el acompañamiento grupal; sin embargo, es necesario personalizar la fe, acogerla, hacerla propia, además de ir progresando y madurando en ella. Es, por tanto, preciso el acompañamiento personal de los catequizandos para que progresen y maduren en su fe, se conviertan y sigan a Jesucristo. Este ministerio es tarea propia del sacerdote que recibe la gracia para su ejercicio en el sacramento del Orden. Pero, ciertamente, para que la catequesis tenga «calidad» no debe olvidarse de sus agentes fundamentales, los catequistas, a los que se cuidará en primer lugar y se les acompañará en la fe y en el ejercicio de su ministerio. Los catequistas, a su vez, si fuese necesario, acompañarán a los catecúmenos personalmente en su vida espiritual, guiados por los sacerdotes. Es esta una tarea difícil en la que se pone en juego la vida íntima de las personas y no puede ser realizada de cualquier forma, sino que hay que abordarla mediante un trato especial que pueda ayudar a progresar al catequizando en todos los órdenes de su vida espiritual.

Como decía Juan Pablo II, los sacerdotes deben dedicarse a la dirección espiritual de los fieles a ellos encomendados como parte esencial de su propio ministerio. Por eso, es el sacerdote quien asumirá este servicio catequético del acompañamiento personal, y solo si no le es posible tratar con todos los catequizandos que lo soliciten, encargará a algunos catequistas (los más capacitados) para que realicen este ministerio, aunque siempre acompañados por ellos.

El sacerdote: responsable de la planificación, programación y organización de la catequesis

En el *Directorio General para la Catequesis* se afirma que otra de las tareas específicas del presbítero en la catequesis es

cuidar la orientación de fondo de la catequesis y su adecuada programación, contando con la participación activa de los propios catequistas, y tratando de que esté bien estructurada y orientada. Integrar la acción catequética en el proyecto evangelizador de la comunidad y cuidar, en particular, del vínculo entre catequesis, sacramento y liturgia; garantizar la vinculación de la catequesis de su comunidad con los planes pastorales diocesanos, ayudando a los catequistas a ser cooperadores activos de un proyecto diocesano común²⁷.

El sacerdote ha de asumir la responsabilidad de hacer que la catequesis cumpla su finalidad propia, esto es, llevar al catequizando a vivir en comunión con Cristo²⁸. Esta comunión no se alcanza en un momento puntual, sino que es preciso ir recorriendo un camino, lento y prolongado, mediante el cual conquiste su objetivo prioritario, ayudado por todos los elementos que integran la catequesis. A esta meta se llega planificando el proceso, programando los objetivos, medios, acciones, actividades y organizando la acción catequética, revisando lo realizado... Solamente así es posible ayudar al catequizando a progresar en su iniciación cristiana y hacer que viva en comunión con Cristo.

Es competencia del sacerdote la de asumir esta labor y responsabilizarse de que se lleve a cabo. Es él el maestro y el educador en la fe, el que debe organizar, animar, coordinar y dirigir la acción catequética de su comunidad respectiva en nombre del obispo²⁹.

27 DGC 225.

28 Cf. DGC 80.

29 Cf. J. DELICADO BAEZA, "El sacerdote y la catequesis", 30-32.



Decimos, en primer lugar, que es competencia del presbítero animar la catequesis de la comunidad. Animar, nos dice el diccionario, es dar a alguien ánimo, energía moral o confianza para que realice algún cometido. Así, el sacerdote dará ánimos, confianza y energía moral a todos los catequizandos, catequistas y a la comunidad cristiana, para que lleven a cabo el itinerario catequético, realizando correctamente y de buen grado lo que a cada uno le compete. Y es que es tarea suya hacer que la catequesis parroquial alcance su finalidad, haciendo madurar la conversión inicial hasta hacer de ella una viva, explícita, convencida y operativa confesión de fe, así como desarrollar las tareas que le corresponden³⁰. Para ello promoverá una catequesis que garantice una formación sistemática, básica, íntegra y fundamental de la fe de los bautizados en las diferentes edades o situaciones de la vida, y que haga iniciarse o reiniciarse en la fe mediante itinerarios diferentes, según la necesidad de cada uno³¹.

El sacerdote nunca deberá dejar la animación de la catequesis en manos de otros, haciendo dejación de su tarea y alejándose de ella, sino que apoyará y alentará este servicio comunitario, a veces exigente y fatigoso, para que pueda ser fiel a su proceso. El presbítero tiene el encargo de ser el primer catequista de la comunidad³².

En segundo lugar, el presbítero ha de coordinar y dirigir, según el *Directorio General para la Catequesis*, la actividad catequética. Un itinerario catequético requiere que esté bien pensado, estructurado y organizado para que pueda alcanzar su finalidad. La improvisación o el desarrollo de una catequesis por sucesión de temas no puede ser el mejor método. Es necesaria una catequesis que esté planificada desde una reflexión seria y que pueda responder a las necesidades reales de sus destinatarios; una planificación que derive en una correcta programación que contenga todos sus elementos propios. Solamente cuando tenemos clara la meta y el camino para llegar a ella, podemos trabajar con acierto.

Planificar es realizar un plan y un camino para recorrer desde unos criterios que han de fundamentarlo. La catequesis parroquial debe ser planificada con el objetivo de responder mejor a su propio fin. Esa planificación es responsabilidad del sacerdote, que la llevará a cabo no en solitario, sino teniendo en cuenta la opinión y la reflexión de los catequistas y del consejo de pastoral parroquial en relación con el plan de pastoral diocesano³³. No se entendería que quienes están más directamente implicados en la misión

30 Cf. DGC 80-87.

31 Cf. CC 236; JM. ESTEPA LLAURENS, "La responsabilidad y tareas del sacerdote", 144.

32 Cf. C. HUMMES, "El sacerdote y el ministerio de la catequesis", 22.

33 Cf. R. PALMERO RAMOS, "La catequesis en el ministerio sacerdotal", 121-124.

catequética no participen activamente en su planificación³⁴. Como tampoco se comprendería que la comunidad parroquial, última responsable de la catequesis, representada en los miembros del consejo de pastoral parroquial, no estuviera presente a la hora de la planificación catequética.

A la hora de esta planificación de la catequesis, el presbítero ha de tener en cuenta el catecumenado de adultos como el prototipo básico de toda forma de catequesis. La catequesis de infancia, la de adolescencia o la de juventud han de tener en el catecumenado de adultos el modelo donde organizarse y estructurarse. Muchos cristianos siguen hoy identificando la catequesis como una cosa de niños, y creen que es esta la única forma posible de la enseñanza de la fe. De ahí que sea preciso formar a las comunidades cristianas de que la forma genuina de la catequesis es el catecumenado de adultos, y es en esta en la que deben beber las otras formas de catequesis³⁵. Si afirmamos esto, no debe haber ninguna comunidad cristiana en la que no se oferte tanto los procesos catecumenales de adultos como la catequesis de adultos para renovar la fe de aquellos que, bautizados, se alejaron de Dios y de la Iglesia³⁶. Del mismo modo, tampoco podrá faltar en cada parroquia la institucionalización de la catequesis de infancia, adolescencia y juventud.

Al planificarse la catequesis, no debe hacerse como si fuese una acción aislada del resto de la pastoral, sino que debe ponerse en relación con las demás acciones evangelizadoras de la comunidad, es decir, con toda la actividad evangelizadora, con la acción litúrgica y sacramental y con la acción socio-caritativa. Es el sacerdote el garante de esta unidad de la misión de la Iglesia en la comunidad que tiene encomendada, de las grandes acciones evangelizadoras y de la necesaria coordinación de los distintos ámbitos, acciones y agentes de la catequesis³⁷. Coordinará los diferentes agentes, ámbitos y caminos de la catequesis: la familia, el catecumenado, la escuela católica, las asociaciones y movimientos cristianos; coordinará a los catequistas; coordinará la catequesis con las demás acciones de la comunidad...³⁸ El sacerdote planificará la manera de ayudar a los padres a educar en la fe a sus hijos; les ofertará medios concretos de formación. Los movimientos y los grupos matrimoniales y familiares pueden ser una buena plataforma para esto³⁹. También planificará la coordinación entre

34 Cf. C. HUMMES, C. "La decisiva responsabilidad de los presbíteros", 39-40.

35 Cf. J. DELICADO BAEZA, "El sacerdote y la catequesis", 36-39.

36 Cf. J. DELICADO BAEZA, "El sacerdote y la catequesis", 36-39.

37 Cf. C. HUMMES, "La decisiva responsabilidad de los presbíteros", 34.

38 Cf. C. HUMMES, "El sacerdote y el ministerio de la catequesis", 25.

39 Cf. JM. ESTEPA LLAURENS, "La responsabilidad y tareas del sacerdote", 148.



la escuela católica, los profesores de religión, los maestros cristianos y los movimientos y asociaciones con la catequesis, haciendo que todos vayan en la misma dirección para alcanzar la iniciación cristiana de la infancia, adolescencia y juventud⁴⁰, aunque cada uno pueda enriquecer el proceso aportando lo específico y característico propio suyo. Es fundamental una buena coordinación entre los catequistas para el correcto desarrollo de la catequesis; también entre estos y los demás agentes de pastoral⁴¹.

En lo referente a la celebración litúrgica y sacramental el sacerdote se empeñará en ponerla en relación con la catequesis, especialmente se buscará una estrecha relación entre catequesis y los sacramentos de la iniciación cristiana. Se debe armonizar una íntima conexión entre catequesis y liturgia. Ambas se complementan y una siempre lleva a la otra⁴². De la misma manera, pondrá en relación la catequesis con la obra socio-caritativa de la parroquia. La catequesis deberá iniciar al compromiso social de los creyentes como parte esencial de su tarea, y este testimonio caritativo ayudará a los catequizandos a encontrarse con Dios y a la profundización en la fe.

Por otra parte, cuando se planifique la catequesis es conveniente que se tengan en cuenta unos criterios y unas consideraciones:

- a) La catequesis debe tener una doble fidelidad: al mensaje cristiano, en su verdad y en su integridad, y al hombre concreto en sus circunstancias. La catequesis ofrece una palabra significativa para el hombre, lo que implica una creatividad adaptativa y una oferta del Evangelio en toda su integridad, sin reduccionismos y en consonancia con el sentir de la Iglesia⁴³.
- b) La catequesis debe estar impregnada de un profundo sentido de Dios, procurando que la acción catequética mantenga viva la búsqueda de Dios, la purificación de las imágenes falsas que de Él puedan tener los catequizandos y, sobre todo, vele para que la catequesis vincule realmente al Dios revelado por Jesucristo, uno en esencia y trino en personas⁴⁴.
- c) La catequesis debe estar al servicio de la iniciación cristiana⁴⁵, integrando los elementos que le son propios.

40 Cf. JM. ESTEPA LLAURENS, "La responsabilidad y tareas del sacerdote", 148.

41 Cf. DGC 233.

42 Cf. JM. ESTEPA LLAURENS, "La responsabilidad y tareas del sacerdote", 149.

43 Cf. R. PALMERO RAMOS, "La catequesis en el ministerio sacerdotal", 124-125.

44 Cf. R. PALMERO RAMOS, "La catequesis en el ministerio sacerdotal", 127.

45 Cf. DGC 65-68.

- d) Se debe garantizar una adecuada presentación del contenido de la fe. Los catequizandos han de recibir el contenido íntegro del mensaje cristiano y no una selección o una parte del mismo⁴⁶, pudiéndose adaptar a cada nivel de los destinatarios, según las orientaciones de la Iglesia⁴⁷.
- e) La catequesis será sistemática en las diferentes etapas fundamentales de la vida, para que esa sistematicidad haga que la fe sea más viva, explícita y operativa⁴⁸.
- f) Se ofrecerán diferentes itinerarios catequéticos respondiendo a las necesidades de los catequizandos. No todos han hecho el mismo recorrido vital, ni han tenido las mismas experiencias, ni se deciden a acudir a catequesis en el mismo momento de la vida, ni siquiera con la misma motivación. Por lo tanto, en cada comunidad parroquial, para responder a la necesidad de quien lo solicita, se deberán ofrecer diferentes caminos catequéticos.
- g) La catequesis se ha de ofrecer a todos; a los niños, a los adolescentes, a los jóvenes, a los adultos y a los mayores. En la institución catequética parroquial deben tener cabida todos. Todos han de encontrar en ella el camino para iniciarse en la fe.
- h) En cuanto a los instrumentos que han de utilizarse para la catequesis, siempre se buscarán los más adecuados y los que ayuden a alcanzar los objetivos previstos. El *Catecismo de la Iglesia Católica* nunca deberá faltar como instrumento base para la catequesis⁴⁹. Es el obispo, como responsable último de la catequesis, quien, para unificar la acción catequética, y cumpliendo con el deber de ofrecer los instrumentos mejores que ayude a transmitir la verdadera fe, señalará aquellos catecismos o materiales catequéticos más apropiados para sus diocesanos. Los materiales catequéticos siempre serán auxiliares al *Catecismo*, en ningún momento lo suplantarán. Estos buscarán una paulatina desescolarización de la catequesis y ofrecerán la pedagogía propia de la fe.

Cuando se planifica es conveniente indicar la pedagogía que se va utilizar. En la catequesis la pedagogía que se ha de emplear es la pedagogía propia de la fe, que tiene su origen, su modelo y se fundamenta en la pedagogía de Dios. La pedagogía divina la encontramos a lo largo de toda la

46 Cf. DGC 111-113.

47 Cf. C. HUMMES, "El sacerdote y el ministerio de la catequesis", 23.

48 Cf. JM. ESTEPA LLAURENS, "La responsabilidad y tareas del sacerdote", 150-151.

49 Cf. DVPV 47.

Historia de la Salvación, donde Dios se ha ido revelando y automanifestándose al hombre, invitándole a seguirle y a vivir en comunión con Él. La pedagogía de Dios se hace más palpable en Jesucristo, Verbo encarnado⁵⁰. En Él contenido y método están unidos, es decir, las obras y las palabras se complementan en su manera de revelarse y de revelar a Dios⁵¹, forman una unidad pedagógica para revelar el mensaje salvador. Y es que

cualquier acción catequética busca mediar la presencia y la acción amorosa de Dios. Solo así se puede favorecer que la persona se vincule como hijo y reciba la acción de Cristo como acción de Dios. Es la propia acción de la Iglesia la que debe servir a la propia acción de Dios. Es Dios mismo quien se acerca al hombre, quien le sostiene como interlocutor. La respuesta creyente es suscitada por la acción del Espíritu. Ello reclama que la acción eclesial se ponga a su servicio y brote la pedagogía de la fe⁵².

La catequesis, por medio de la pedagogía de la fe, tiene como objetivo fundamental servir a la presencia de Dios que ha reconocido el que se está iniciando, pues en ella se actualiza el acontecimiento cristiano en el que Dios provoca la respuesta del hombre, una respuesta que afecta a su persona y a su vida⁵³.

La pedagogía de la fe tiene unas dimensiones que nos parecen dignas de destacar:

- Pedagogía del don: la catequesis hará ver al catequizando que Dios ha tomado la iniciativa y ha ido en su busca, para llamarlo y establecer con él un diálogo salvífico. Al catequizando hay que ayudarle a responder a esa invitación. Para posibilitar esa respuesta la catequesis fomentará el silencio, la escucha atenta, la oración, y la disponibilidad personal mediante las que el catequizando descubrirá la invitación de Dios como un don gratuito para él y se abrirá a ella, respondiéndole y naciendo entonces un camino de exigencia y de compromiso personal⁵⁴.
- Pedagogía de los signos: Cristo es el único y verdadero sacramento de salvación, pues es el mediador entre Dios y los hombres. Esta sacramentalidad de Cristo se extiende en el tiempo por la sacramen-

50 Cf. JC. CARVAJAL BLANCO, "La pedagogía de Dios en la historia de la Salvación. Apuntes para la pedagogía de la fe", en: DEL CAMPO GUILARTE, M. *La pedagogía de la fe al servicio del itinerario de iniciación cristiana*, Madrid 2009, 15-19.

51 Cf. DV 2.

52 CT 58.

53 Cf. JC. CARVAJAL BLANCO, "La pedagogía de Dios", 68-69.

54 Cf. *ibíd*, 70-71.

talidad de la Iglesia. La catequesis ha de ayudar a penetrar en los signos de la Iglesia que llevan a la presencia de Cristo, pasando de lo visible a lo invisible, de lo humano a lo divino⁵⁵.

- Pedagogía de la encarnación: el Evangelio se ha de proponer en la vida y para la vida de las personas, un Evangelio que se nos ha dado en carne humana. De esta manera, la catequesis pondrá en relación las experiencias humanas con el mensaje revelado, para que el oyente pueda profundizar su propia vida⁵⁶.

Esta pedagogía de la fe⁵⁷ debe ser la pedagogía propia tanto del proceso catequético, como de cada acto catequético. La catequesis ha de estar impregnada de la pedagogía divina, de la pedagogía de la fe.

Teniendo presente la planificación que la comunidad ha diseñado para la catequesis se realiza la programación. Programar es idear y ordenar las acciones necesarias para realizar un proyecto. Programar la acción catequética⁵⁸ es decidir por anticipado aquello que se desea hacer, es decir, proyectar un determinado itinerario de actuación que consiste en un camino confiado, consciente, concreto y articulado, que se despliega en sucesivas etapas, desde un punto de partida (situación inicial) hasta un punto de llegada (meta final)⁵⁹. El sacerdote, junto con el equipo de catequistas, programará la catequesis para trabajar eficazmente, al señalar, de forma explícita, la acción que se pretende y los medios y los métodos más aptos para lograrla.

A la hora de programar es necesario tener en cuenta una serie de elementos:

- 1) Lo primero que hay que hacer es conocer a los destinatarios y la realidad en la que estos están inmersos. Es preciso conocer la realidad de la que partimos y cómo son aquellos a los que debemos catequizar. Un conocimiento de todos y de cada uno, de sus planteamientos vitales, su forma de pensar, de sentir y de vivir, la cultura en la que están, el recorrido de su propia historia, la familia que tienen, su psicología, sus

55 Cf. *ibíd*, 72-75.

56 Cf. *ibíd*, 77-80.

57 Sobre la pedagogía de la fe el *Directorio General para la Catequesis* dedica toda su tercera parte revelando de este modo la gran importancia que debe tener esta pedagogía en la catequesis. Cf. DGC 137-162.

58 En todo el tema de la programación seguimos a VIDEL PÉREZ, V. "Planificación de la acción catequética", en: PEDROSA, V, M^a.-NAVARRO, M.-LÁZARO-SASTRE, *Nuevo diccionario de catequética*, Vol. 2, Madrid 1999, 1832-1841.

59 Cf. G. RUTA, *Cómo programar en catequesis. Teoría y práctica de la programación para los catequistas*, Santander 2008, 23.

valores, su forma de aprender, sus conocimientos, sus ilusiones, sus preguntas fundamentales, sus dudas, sus metas... Hemos de conocer también cómo es su vida espiritual, su relación con Dios, el lugar que Dios ocupa en su vida, su conocimiento y vivencia del mensaje cristiano, su decisión por la que comienza o sigue en el proceso catequético... Este conocimiento del destinatario, de su mundo interior y de las circunstancias de su vida harán plantearnos correctamente el punto de partida de la catequesis, las metas que hemos de proponer y el camino que debemos recorrer, sabiendo que esas metas deben ser realizables y alcanzables.

- 2) Al término del análisis de la realidad y de los destinatarios, realizaremos una interpretación pastoral-catequética de la situación, la cual ha de ayudarnos a entresacar las claves del programa que se va a confeccionar.
- 3) Posteriormente haremos la programación de la acción catequética, que deberá ser dinámica y flexible.
 - Se formulan tanto la finalidad última del itinerario catequético (que no puede ser otra que hacer al catequizando vivir la comunión con Cristo), como los objetivos propios de cada etapa y de cada acto catequético⁶⁰. Los objetivos deben ser reales, claros, concretos, graduales, evaluables... Es imprescindible que quien ejecuta la acción pastoral sea consciente de la finalidad de la misma, de la meta que tiene que conquistar con esa acción. Toda actividad debe estar programada para alcanzar tanto los objetivos a corto plazo como a medio plazo, como la meta final. Sin metas toda actividad se convierte en activismo y es una acción vana.
 - Se diseñan las acciones y actividades mediante las cuales se van a conseguir los objetivos propuestos. Al programar se especificará las personas que llevarán a cabo las actividades, los responsables de las mismas, las fechas, lugares, medios, métodos, recursos materiales... Todo posibilitará la experiencia de fe del catequizando, por lo que hay que saberlo armonizar con el fin de utilizar los métodos, materiales y las estrategias adecuadas y oportunas para desarrollar esa experiencia personal de fe. Esta surgirá por medio de la Palabra de Dios que hace posible el diálogo entre Dios y el hombre; mediante la liturgia, el servicio de la caridad, la respuesta a los interrogantes propios y a las diferentes situaciones vitales que se deben afrontar. Las acciones llevarán al catequizando a conocer, celebrar, vivir y

60 Cf. G. RUTA, *Cómo programar*, 47-58.

orar la vida cristiana, además de sembrar en él la inquietud misionera y la importancia de la vida comunitaria. Estas actividades se realizan mediante la narración, que es el estilo y el método propio de la catequesis. Narrar es comunicar un mensaje que nace de la experiencia y que vuelve a ella reavivándola y transformándola⁶¹.

- Para ello se utilizan unos instrumentos que lleven a los catequizandos a la asimilación, la interiorización y la expresión personal del misterio cristiano⁶². Una asimilación que hace referencia a la parte cognitiva del oyente, es decir, al conocimiento, valoración y memorización de los elementos propios de la fe. La interiorización que nace como actitud interior del convencimiento y de la aceptación personal de lo propuesto. La expresión que es una exteriorización de lo asimilado y lo interiorizado, que se manifiesta tanto en el comportamiento vital, como en la celebración de los sacramentos, la oración, el testimonio...⁶³
 - Se señalan los modos y la periodicidad de la evaluación continua y de la evaluación final.
- 4) Evaluación de la catequesis realizada. Es fundamental evaluar a lo largo de todo el itinerario. Será necesario indagar si se han alcanzado las metas propuestas en cada acto catequético y en cada etapa del proyecto, lo mismo que si se ha llegado a conquistar la finalidad última de todo el proceso catequético. Si a lo largo del itinerario, porque la realidad así lo está exigiendo, se ve necesario cambiar objetivos o metas por el bien de todo el proceso, debe hacerse. Además, hablamos de un proceso que «está vivo», que debe ser flexible y dinámico, y que ha de estar abierto a posibles correcciones y cambios⁶⁴.

Concluyendo, todo itinerario programático supone tres etapas⁶⁵:

- 1) Un antes: en el que se realiza la programación y que consiste en la consideración abierta, explícita y codificada del camino que se pretende llevar a cabo, en la configuración orgánica de todos los elementos que la componen, teniendo en cuenta los recursos existentes y poniéndolos a disposición del proceso y de los resultados relativos a la formación.

61 Cf. *ibíd*, 59-70.

62 Cf. *ibíd*, 51-53.

63 Cf. G. RUTA, *Cómo programar*, 71-82.

64 Cf. *ibíd*, 97-105.

65 Cf. *ibíd*, 24.



- 2) Durante: es la acción de lo programado, su actualización.
- 3) Evaluación: verificación intermedia y final de todas las etapas y del camino entero; se pone de manifiesto el desajuste entre la programación y la realización y se revisa la programación planteada, adaptándola a la nueva realidad.

Si el presbítero, como hemos señalado, debe coordinar toda la actividad catequética y relacionarla con las demás acciones pastorales de la comunidad, al mismo tiempo debe establecer vínculos de unidad entre todos los agentes de la pastoral parroquial y entre estos y aquellos que participan en otras instituciones, contribuyendo a la iniciación cristiana de sus miembros. Procurará que la comunidad no esté nunca al margen del proyecto pastoral diocesano, ni del proyecto catequético de la diócesis, sino al contrario, procurará que la planificación y la programación de la catequesis sea expresión, tanto de la programación diocesana, como del proyecto que esta tiene para la catequesis.

El sacerdote que ejerce el ministerio de la unidad en la comunidad cristiana ha de realizarlo, al mismo tiempo, estableciendo puentes entre esta y la diócesis a la que pertenece, para que la parroquia camine buscando los fines, objetivos y medios que la diócesis, con su obispo y pastor, se han propuesto para toda la comunidad diocesana. Cada comunidad no puede desarrollar su misión y establecer sus propios itinerarios catequéticos al margen de la diócesis, pues no estaría viviendo la comunión. Al contrario, debe programar su actividad pastoral, y por lo tanto la catequética, teniendo en cuenta el plan pastoral diocesano, como marco donde incorporar sus planteamientos específicos.

Por otra parte, en nuestra realidad eclesial se carece en muchos momentos de criterios comunes en aspectos básicos y fundamentales de catequesis. Esta ausencia de criterios hacen que las parroquias tengan programas, proyectos y criterios distintos, cuando no contradictorios, lo que provoca una desorientación en el pueblo de Dios. Por ello, sería conveniente tener en cada Iglesia particular unos criterios comunes en lo referente a la catequesis, de los cuales todas las comunidades participaran⁶⁶.

La catequesis en la diócesis debe ser un servicio único, unitario y coherente⁶⁷, pues la «coordinación de la catequesis no es un asunto estratégico, en orden a una mayor eficacia de la acción evangelizadora, sino que tiene una dimensión teológica de fondo. La acción evangelizadora debe

66 Cf. JM. RODRIGUEZ, "El sacerdote en la catequesis visto por un seglar", 252-253.

67 C. AGUILAR, "La catequesis en la Iglesia particular", 115-117.

estar bien coordinada, porque toda ella apunta a la unidad de la fe que sostiene toda las acciones de la Iglesia»⁶⁸. En cada Iglesia diocesana se hace necesario un proyecto de catequesis que sea el itinerario común de la educación en la fe de todas las comunidades, las cuales lo adaptarán a sus situaciones concretas y le aportarán sus riquezas particulares.

Lo mismo que no entendemos a una comunidad parroquial que actúe al margen de la diócesis a la que pertenece, tampoco se comprendería si en ella no se tuviese en consideración y estima los planes y proyectos de la Iglesia universal. Estos proyectos han de iluminar las acciones pastorales propias de cada parroquia para vivir en comunión con la Iglesia que es una, santa, católica y apostólica.

El sacerdote es el garante de esta unidad en la misión de la Iglesia, de las grandes acciones evangelizadoras y de la necesaria coordinación de los distintos ámbitos, acciones y agentes de la catequesis. Él debe trabajar por la unidad común en su comunidad, entre esta y la Iglesia particular y la Iglesia universal⁶⁹.

La misión de la pastoral catequética lleva implícita la planificación, animación, coordinación, dotación de instrumentos apropiados, preparación de catequistas capacitados y evaluación de los procesos catequéticos. Corresponde a los obispos la responsabilidad última del discernimiento de la identidad catequética de tales procesos: su contenido y pedagogía, los instrumentos que han de utilizarse, los planteamientos generales de fondo y el grado de coherencia con los objetivos generales de la pastoral diocesana⁷⁰. Al ministerio de la catequesis le están encomendadas una diversidad de tareas, todas necesarias para que puedan desarrollarse de manera armónica la acción catequética. En este servicio, además de la transmisión directa del mensaje evangélico, hay otras tareas necesarias, como son la organización y planificación de la catequesis, la elaboración de materiales adecuados, la coordinación de la catequesis con otras acciones pastorales, la reflexión continua sobre los objetivos concretos y medios más adecuados para realizar la catequesis⁷¹.

El trabajo en la actividad catequética debe ser una de las tareas destacadas de la misión evangelizadora del presbítero, ya que es un instrumento para la maduración de la fe de los fieles. En ella, el sacerdote tiene una responsabilidad, como colaborador del obispo y por mandato

68 DGC 219.

69 Cf. C. HUMMES, "La decisiva responsabilidad de los presbíteros", 25.

70 Cf. CC 63.

71 Cf. CA 233.



explícito de este, de animar, coordinar y dirigir la actividad catequética de la parroquia. Además, ha de integrar la catequesis en el proyecto evangelizador parroquial, diocesano y de la Iglesia universal⁷².

72 Cf. DMPV 47.

